

BUENOS AIRES

LA NACION - Sábado 17, octubre 1970

Juan Pablo Izquierdo se presentó con la Sinfónica Nacional

Cuando, hace de ello unos años, Juan Pablo Izquierdo se presentó en Buenos Aires al frente de la desaparecida Sinfónica de LRA, se tuvo la impresión de que había en ese joven músico chileno todo aquello que contribuye a configurar a un auténtico e importante director de orquesta. La posterior trayectoria cumplida por Izquierdo, con resonantes éxitos internacionales, contribuyó a refirmar cuanto aquel primer contacto había sugerido. Ahora una nueva labor suya, esta vez con la Orquesta Sinfónica Nacional, no dejó dudas respecto de valores que sitúan a quien los detenta en un primer plano dentro de su especialidad en el panorama musical latinoamericano.

Un programa que constituía de por sí una prueba decisiva para cualquier director fue presentado por Juan Pablo Izquierdo —luchando contra graves factores adversos tales como una orquesta en condiciones nada brillantes, una sala de pésima acústica y una preparación apresurada— en forma realmente magnífica. La presencia de un artista importante e interesante, de un intérprete de garra —probo, enjundioso, culto e inspirado— y de un profesional que a evidentes dones naturales une el

cabal dominio del oficio, apareció así con elocuencia rotunda, «

Ello resultó advertible, desde la hermosa obertura de "Ifigenia en Aulide" de Gluck, con que se abrió la velada, escuchada en versión noble y hondamente expresiva, con fraseo acertado y cuidadosa discriminación de sonoridades. En el "Concierto en sol mayor" de Ravel —pentagramas que piden virtuosismo del mejor cuño— prestó Izquierdo firme apoyo a la pianista Shulamit Ran, joven y notoriamente talentosa pianista israelí que confirió a su parte inusual relieve y, por último, la "Segunda sinfonía, en re mayor op. 73" de Brahms dio al director la posibilidad, admirablemente aprovechada, de explayar sus medios y posibilidades.

Consecuencia de tales causas fue una reedición de alto rango, en la que, por cuanto de Izquierdo dependió, cada elemento estuvo en su lugar. Hubo en ella vuelo y rigor, emoción y elegancia, tiempos certeramente elegidos y esa "Cantabilidad" que Brahms requiere, unidad conceptual y tensión interior, hondura conceptual y claro sentido de la estructura, ausencia de efectismo y vibración penetrante.